

supremo de justicia. Dejaron á los vencidos su religion y los griegos continuaron adorando á Júpiter y á Diana, como los frigios á la diosa Madre, venerada en Persinunta, bajo la figura de una piedra negra é informe caída del cielo, mezclando á esto los ritos locamente obscenos de los galos. Al tiempo de la segunda guerra púnica habian leído los romanos en los libros sibilinos, que si un extranjero invadía la Italia, sería trasladada á Roma la Cibele de Pesinunta. A este fin enviaron embajadores á dicha ciudad y los frigios les entregaron la diosa.

Poníanse alternativamente los galatas á sueldo del rey de Siria y de Pérgamo, para quienes eran aliados indóciles y peligrosos. Este oficio y sus fechorías les valieron grandes riquezas: de tal modo, que Ariamno, uno de sus feudatarios, pudo sostener mesa abierta por espacio de un año entero, obligando á los viajeros á que licieran alto, para ser partícipes de su hospitalidad. Anibal y Antioco habian proyectado atraerlos á la liga que meditaban; pero respondieron que se hallaban sobradamente seguros en medio de sus montañas. A pesar de este baluarte, el cónsul Manlio atacó á las tres tribus galatas de los trocmos, de los tolisboios y de los tectosagos, y secundado por los sacerdotes frigios, los venció, obligándoles á restituir todas las plazas arrancadas á los aliados de Roma. Además se les obligó á renunciar á sus fechorías y á aliarse con Eumeno, á quien se confió el cuidado de contenerlos.

La mujer del tetrarca Ortiagono, llamada Chiomana, mereció en su derrota libertarse del olvido.

Habiendo caído prisionera (189), fué entregada á la custodia de un centurion que, brutal y tentado de apetito, usó de violencia con ella, y luego la prometió la libertad, mediante el rescate de un talento ático. Dió ella aviso á sus deudos, quienes, en el plazo convenido, enviaron el rescate á orillas de un rio; el centurion se dirigió allí con ella; pero en el momento en que pesaba la plata, mandó la cautiva á los esclavos que le dieran muerte, y llevándose la cabeza, fué en busca de su marido. Noticioso éste de lo que habia hecho, exclamó de este modo:—*Oh, mujer! la fidelidad es excelente cosa.—Sí, ciertamente, repuso ella, pero es mejor*

todavía poder decir: dos hombres vivos no se jactarán de haberme poseído.

Citase tambien á Camma, mujer del tetrarca Sinato, de quien el jóven Sinorix se enamoró tan perdidamente que, no pudiendo vencer ni satisfacer su pasión, mató á su marido, y despues pidió su mano á sus padres. Estrechada por su familia á consentir en aquel enlace, cedió á esta exigencia; pero el dia de la boda presentó al pié del ara una copa envenenada á su novio, despues de haber bebido ella, y murió aplaudiéndose de su venganza.

Las ciudades de la Troada, de Eolia, de la Jonia, ofrecieron coronas á Manlio por haberlas libertado de aquellas hordas. Así continuaba Roma mostrándose libertadora, y en el espacio de diez años (200-190), se habia hecho, no señora, sino árbitra del mundo, desde el Eufraates hasta el Atlántico. Hallábanse las principales potencias debilitadas hasta el punto de no atreverse á desplegar una bandera sin su asentimiento: se habia puesto bajo su tutela el Egipto desde el año 201; los pequeños Estados ambicionaban su amistad ó imploraban su patrocinio. Presente donde quiera por sus emisarios que, bajo las insignias de embajadores, representaban el papel de espías y agitadores, mantenía vivas las reciprocas rivalidades, fomentaba las facciones dentro y las guerras fuera hasta en los más pequeños países: admitía todas las querellas alegadas contra Filipo, contra Antioco ó contra los etolios, dando siempre la razon á los débiles y condenando á los fuertes. Lo prodigioso es que no la habian agotado tantas guerras y que enviaba nuevas colonias. Prueba evidente de la eficacia de su sistema, que consistía en reclutarse de continuo entre las naciones italianas y los libertos, asimilándoselos.

CAPITULO XXI.

Roma en el interior.

En tanto que poseía Grecia su libertad en los brazos de su pretendida hermana, despojábase Roma de su original carácter: vencido el Oriente, se vengaba propagando sus ideas y costumbres entre sus vencedores. Preservados éstos hasta entonces del vicio, más bien por ignorancia que por efecto de discutidas doctrinas

ó de severas creencias, no bien conocieron las estragadas costumbres asiáticas, cuando se precipitaron en ellas.

No era esto en secreto, sino públicamente en el Foro y en el Capitolio, en donde se adoraba á los dioses con diferentes ritos de aquellos de la patria. Casó el Saturno latino con la griega Rea, robóse á Marte sabino su antigua esposa Neriene, y se la confundió con el Ares homérico; el Jano etrusco se metamorfoseó en Diana, aunque permaneció á el par que Jano al lado del Zoo de los griegos, antes del cual se le nombraba siempre en las invocaciones, mezclándose á las divinidades agrícolas y á las pastoriles una generacion de dioses guerreros, á cuya cabeza se encontraba Rómulo.

Mandó el Senado por un decreto en el año de 534 de Roma, la demolicion de los templos de Iso y de Serapis (220); como no quisiese ningun ciudadano poner la mano en obra tan sacrilega, dió Paulo Emilio el primer hachazo al edificio. Ochenta años despues (110), el pretor C. Cornelio Hispalo arrojó de Roma y de Italia á los astrólogos y caldeos y á los adoradores de Júpiter Sebato. Hemos dicho que los romanos, con el fin de reanimar en la segunda guerra púnica el valor de los ciudadanos, habian traído de Frigia á la gran diosa, cuyo culto fué un manantial de nuevas supersticiones, las que se multiplicaron mientras mayores eran los peligros, no siendo tan numerosos nunca los prodigios como en la guerra con Cartago. Pronunció en el foro la palabra *triumfo* un niño de seis años; amontonáronse en el cielo figuras de buques, y el templo de la Esperanza fué herido por el rayo. Blandió su lanza Juno; cae en Piceno una lluvia de piedras; en otra parte sale de la tierra una sangrienta ola; ábrense los cielos; se cubren de sudor los ídolos; conviértense en gallos las gallinas; nacen cabras con un vellón de lana; choca la luna con el sol ó aparece doble.

Para conjurar presagios tan funestos, multiplicanse las ceremonias, pareciendo que otras divinidades y otros hombres hayan reemplazado á los antiguos.

Si la variedad de dioses de la Grecia y la introduccion de un culto extraño era manantial de lo bello, entre los italianos naturalmente inclinados á aplicar las ideas á la política, alte-

raron su conducta y modo de vivir, proporcionando nuevo alimento á su orgullo y sensualidad. Tomaron, pues, un carácter religioso el libertinaje y el hábito de derramar sangre. Acudia el pueblo á los juegos de los gladiadores, traídos de la Campania, para saciarse en ellos con el espectáculo de la muerte, entregrándose en las bacanales á toda clase de disolucion. Era el culto de Baco, entre los etruscos, desde muy antiguo, símbolo de la vida y de la destruccion; hacíanse las iniciaciones todos los años por espacio de tres dias, sólo por las mujeres y á la luz del sol. Pervirtiólás, segun Tito Livio, una sacerdotisa de Capua, llamada Pola Minia, y un sacerdote griego, admitiendo en ellas hombres y mujeres reunidos, y llegó á tener cinco reuniones nocturnas cada mes. Describe Varron las pompas báquicas en Lavinia, en donde era paseada la imágen del falo en un carro por las calles, y coronada por la más casta de las matronas.

Habíanse introducido secretamente estos ritos de la Etruria y de la Campania. Queriendo ser iniciado en ellos Tito Sempromio Rutilio (186) se lo propone á su yerno, comunícalo éste á su querida, que, sobrecogida de espanto, le induce á la desconfianza, diciéndole que podría ser un artificio para hacerle perecer, y no darle cuenta de sus bienes cuya administracion habia tenido su suegro. La cree y se refugia al lado de una tia. Pero denuncia esta última el hecho á los cónsules y se descubre por este medio la existencia de estos misterios, en los que los iniciados se mezclaban en la oscuridad, despues de haber corrido como furiosos hácia el Tiber para sumergir en él sus encendidas teas. El que rehusaba tomar parte en las infamias que se cometían, era precipitado en profundos abismos. Habrán alterado el espanto del vulgo, la astucia de los gobernantes y el hábito de juzgar criminal todo lo que es misterioso, el relato de este hecho, pues imposible es discernir lo que hubiese de cierto en estas imputaciones, pudiéndose sólo asegurar que fueron colocados durante la noche puestos de vigilancia, que se hicieron pesquisas y que se descubrieron siete mil iniciados sólo en el recinto de Roma. Declaradas culpables gran número de mujeres, fueron entregadas á sus padres para que las aplicasen el suplicio doméstico; siguiendo en

fin las informaciones de ciudad en ciudad, por todas partes se encontraron iniciados.

Multiplicábanse los crímenes: en sólo un año ciento sesenta mujeres, fueron convictas de haber envenenado á sus maridos para casarse con otros. Ya constase el crimen, ó ya hiriese la ley á inocentes víctimas, no sería por eso ménos horrible. ¿Y qué se dirá de las ceremonias destinadas á invocar ó á celebrar la victoria y de la costumbre de enterrar vivos á los hombres, ó de degollarlos como rebaños en los triunfos? Esta era, sin embargo, la época en que empezaban á pulirse las costumbres con el contacto de los extranjeros. Abandonada se encontraba la medicina en un principio á las supersticiones y al empirismo. Consideraba el censor Caton en su calidad de pitagórico, las coles como único remedio; prohibía á los criados suministrar nada á los animales enfermos; acomodaba segun el número ternario los ingredientes en los remedios que se habian de administrar á las terneras, y pretendia curar las dislocaciones por medio de mágicas fórmulas. El griego Arcagato fué el primero que ejerció en Roma la medicina como ciencia. Llevó Valerio Messala el primer cuadrante solar, reinando tal ignorancia, que se creyó serviria en Roma cuando estaba hecho para otro meridiano: Escipion Nasica introdujo también la clepsidra, siendo otro Escipion el primero que se afeitó la barba; llegando despues el Senado por medio de la ley Oppia, se sublevaron tumultuosamente la mujeres, y recorrieron la ciudad sin recato ni pudor, amenazando con no hacerse más embarazadas: el mismo Escipion el Africano, de no muy austeras costumbres, se quejaba de que se educase á las mujeres en el arte de comediantas y en prestigios deshonestos.

¡Si, no obstante esto, hubiera el lujo ayudado en Roma al cultivo de las artes como acontece en los pueblos industrioses! pero no, necesitábase para alimentarle despojar al enemigo y oprimir á los clientes. Para hacer dinero equipaban los senadores buques de transporte y comerciaban con sus cargamentos. Se mantenía en toda casa acomodada un esclavo griego, encargado de enseñar á los niños la lengua y la generosidad de Homero: sí, ¡un esclavo!

Sin embargo, Livio Salinator, este severo

censor que durante su magisterio amonestó á veinticuatro de las treinta y cinco tribus, tenía consigo de preceptor de sus hijos al tarentino Livio Andrónico, que tradujo la *Odisea* en latín, é hizo representar por primera vez en escena imitaciones de los dramas griegos. Encontrábase siempre llena la morada de Paulo Emilio de pedagogos, griegos, sofistas, gramáticos, retóricos, escultores, pintores, escuderos y cazadores. Enio, nativo de Rudia, en Calabria, centurion en Sicilia y en España, que se vanagloriaba de tener tres almas, porque sabia el osco, el griego y el romano, fué el cliente y el panegirista de Escipion el Africano; pretendió que la Italia le fuese deudora de unir á la gloria de las armas la de la poesía, y escogió por tema en una epopeya la primera guerra púnica y el elogio de los Escipiones.

Decía que Roma era rica porque conservaba las antiguas costumbres, y sin embargo sus queridos Escipiones fueron los que más contribuyeron á alterarlas, introduciendo en ellas las extranjeras. Otro poeta, el campanio Nœvio, osó levantar la voz contra estas innovaciones, para hacer la guerra á la aristocracia y á los partidarios de lo que era griego; prefirió, á los metros jónicos, la rudeza del ritmo saturnino, originario del Lacio; inventó la tragedia *pretextata*, en la cual personajes con carácter y trajes nacionales reemplazaban á los héroes extranjeros revestidos con el *pallium*, y asestaba sus tiros contra los orgullosos patricios, los Claudios, los Metelos y los Escipiones.

Querian estas y otras cosas conservar á toda costa la forma del derecho patricio que habia servido á sus antepasados para regir las familias de sus clientes y esclavos; pero favorecidas por la victoria y por el mérito personal de sus miembros, desconocian las leyes y anteponian su orgullo á las de la justicia, el derecho heróico al de la ley escrita, impidiendo á la plebe llegar de hecho á la igualdad cuando la habia adquirido de derecho; siendo por esto por lo que Nœvio hace decir á uno de sus personajes: *Sufre, ya que también sufre el pueblo. Y al pueblo: No se atreverán estos reyes á asestar sus tiros contra lo que yo tengo sancionado en el teatro con mis aplausos. ¡Cómo arrastra tras si la tiranía á la libertad!* Los Metelos, á quienes habia atacado con este verso: *Nacen los Metelos consu-*

is en Roma, le respondieron en el mismo tono con este: *Causar in los Metelos la desgracia del poeta Nœvio*, y le redujeron á prision. En ella escribió aún contra los Escipiones, diciendo que el famoso Africano habia sido conducido por su padre desde la morada de su querida, teniendo una capa por toda vestidura. Invocaron los Escipiones en contra suya la ley de las Doce Tablas, que condenaba á muerte al autor de libelos infamatorios; pero habiéndose interpuesto los tribunos, creyóse suficiente condenarle á la exposicion pública y al destierro en Africa. Compuso un epitafio en el momento de su partida, en el que sentia que con él acabase la originalidad italiana. Guardó el pueblo su recuerdo, y dió su nombre á una de las puertas de la ciudad; en tiempo de Horacio sus versos corrían de boca en boca.

Llamaba Nœvio reyes á estos magistrados, y tales parecían con efecto, haciéndose superiores á las leyes. Luchaba el cónsul Cayo Flaminino no solo con el Senado, sino también con los dioses inmortales, desconociendo la majestad de los padres conscriptos, la de las leyes y los auspicios de los dioses. Quintio Flaminino que se habia burlado de los galos, fué príncipe del Senado. Contrayendo alianzas entre sí estos poderosos patricios, oponian su fuerza comun á la ley y á la justicia. Seducen ciertos rasgos impresos del heróico carácter, que se ven aún en esta época. Acusado Fabio por un tribuno, responde: *Fabio no puede ser sospechoso á sus conciudadanos*. Se presenta por uno de sus yernos á quien se imputa una traicion y dice: *Si fuera culpable no sería ya mi yerno*; y no hubo necesidad de más para absolverlo. Culpado Emilio Sacro de haber hecho á precio de oro traicion á la república, declara falsa la acusacion, y con esto basta. Perseguido un Metelo por exaccion, aparta el Senado la vista de los registros que producian su culpa. Requerido Escipion el Africano para dar cuenta de las dilaciones del dinero público, recuerda sus victorias sobre los cartagineses y gana su causa.

Conocemos que semejantes rasgos seducen: ¿pero cuál sería la suerte del pueblo, cuando para justificarse, empleaban los nobles tales medios? Rehusó Escipion el Africano el consulado vitalicio, pero conservó siempre un poder dictatorial. Cierto dia en que los cuestores va-

cilaban en abrir el tesoro publicó, toma él las lleves y lo abre aunque simple particular. Habia sido erigida su estatua en el santuario de Júpiter, encontrándose en el Capitolio la de Lucio Escipion, con el manto y el traje griego. Dispensaban su favor á manera de los reyes á los literatos; Plauto y Terencio fueron protegidos por Escipion y Lelio, y se decía que sus patronos los ayudaban en sus composiciones. El filósofo Panesio y el historiador Polibio les acompañaban en sus expediciones.

Fué terrible la censura de Marco Porcio Caton para la aristocracia y las innovaciones. Dotado este jóven plebeyo de notable sagacidad, como lo indicaba su sobrenombre (*Catus*), atrevido en sus acciones, mordaz en sus palabras, habia combatido á los diez y siete años contra Anibal. Vivió despues en Tusculo, de allí recorriendo por las mañanas las ciudades próximas litigaba en ellas gratuitamente; despojándose de sus vestidos á su vuelta se ponía á trabajar en el campo con sus esclavos, participando de su alimento y bebiendo con ellos el aguapíe ó el agua y vinagre. Sin embargo, sus esclavos no eran á sus ojos otra cosa que un rebaño; los compraba, los instruía y los vendía de nuevo; decía que el verdadero amo de casa debia deshacerse de sus carros viejos, del liero viejo y de los servidores antiguos. Tenia señaladas salas para el esclavo que quisiera unirse con una esclava. Hacia azotar despues de cada comida á aquellos que se habian mostrado negligentes en su servicio. Procuraba mantener en ellos motivos de disension, temiéndose pusieran de acuerdo. Ejerció más tarde la usura más infame de la época, la usura marítima. Se embriagaba algunas veces, y mantenía en su casa relaciones con una criada, y se casó á los cuarenta años de edad con una doncella, aun muy jóven, hija de uno de sus clientes.

Tal fué el severo modelo de las costumbres antiguas, el reformador de la corrupcion romana, aquel cuyo nombre sirve aún proverbialmente para indicar al hombre austero y de intacta reputacion. Llamólo á Roma Valerio Flacco, en donde con el apoyo de Fabio, llegó á ser tribuno de una legion, cuestor, prector y cónsul, siendo censor despues con su antiguo patrono. Cuando pasó á España en calidad de prector despidió á todos los proveedores de víveres,

pretendiendo que la guerra se sostenía con la guerra. Tomó en trescientos días cuatrocientas ciudades ó pueblos que hizo dismantelar en el momento. Llevó inmensas riquezas al tesoro público; vendió al embarcarse su caballo de batalla, con el fin, según decía, de escusar al fisco el gasto de transporte. Hacía á pié todas las marchas, llevando él mismo sus armas y seguido de un solo esclavo cargado con algunas provisiones. Obtuvo los honores del triunfo; pero no bien depuso sus victoriosas insignias, cuando partió como simple tribuno á hacer la guerra á Antioco el Grande; confesó el general deberle la victoria de las Termópilas, y fué el encargado de llevar la noticia á Roma.

Mientras que los romanos admiraban tanto á Grecia, no cesaba Catón de rebajarla, por un exceso de orgullo nacional. No quiso nunca estudiar su literatura; y si más tarde leyó las obras de Tucídides y de Demóstenes, fué solo para juzgarlas severamente. Parecía Sócrates un hablador turbulento, que agitaba á su patria con peligrosas innovaciones. Censuraba á Isócrates de dejar envejecer á sus discípulos en su escuela, hasta el extremo de que cuando salían no podían perorar más que en los Campos Eliseos. Reñía á su hijo porque estudiaba los autores griegos, y le causaban horror los médicos de esta nación, pretendiendo que era su idea hacer salir de este mundo á todos los bárbaros, incluso los romanos. Más que nada detestó su elocuencia, principalmente desde que había venido carneado á Roma en calidad de embajador, habló un día en favor de la justicia, expresándose en sentido opuesto al día siguiente.

Puede conjeturarse por lo que sigue, el irreconciliable enemigo que encontrarían en él las innovaciones romanas. «Los ladrones privados son azotados ó cargados de cadenas, al paso que los ladrones públicos están cubiertos oro y púrpura. Temblad por los males que el porvenir nos prepara. Salvemos las delicias de la Grecia y del Asia; han tomado nuestras manos los tesoreros de los reyes; dueños de tantas riquezas, pronto seremos sus esclavos. Al traernos Marcelo las estatuas de Siracusa, ha introducido entre nosotros enemigos peligrosos; nada espero de gente que admira el mármol y el cincel de Corinto y de Atenas,

»menospreciando nuestros dioses de arcilla;» propuso leyes suntuarias, censuró á muchos personajes, llegando al extremo de deponer á un senador que se había dejado ver de su hija en el momento que acariciaba á su mujer.

Si su infatigable actividad tenía por móvil el patriotismo, se veía también excitada por una animosidad personal. Desde la época en que era cuestor Sicilia, había acusado á Escipión el Africano por ostentar un lujo excesivo, y por imitar mucho á los griegos. Despidióse éste, diciendo: «No sabría qué hacer con cuestor tan exacto; tengo que dar cuenta de mis expediciones, pero no de lo que éstas cuestan.» No echó en olvido esta frase, y elegido censor, pidió á los Escipiones minuciosa cuenta de cuanto se había hecho en la guerra contra Antioco. Se podía decir con verdad, que la habían dirigido á su albedrío y por su cuenta, llevando las hostilidades cabalmente al punto no decretado por el pueblo, y dictando los tratados de paz según su conveniencia, ¿quién sabe las sumas que habían arrancado del Asia y de los sucesores de Alejandro enriquecidos con los despojos del mundo? Citado Escipión como acusado de malversación de los caudales públicos, escucha su acusación, sube á la tribuna, y dice:—*Romanos, en este día he vencido en Africa á Anibal y á los cartagineses con el favor de los dioses, subamos al Capitolio para darles gracias y rogarles os den siempre cuerdillos que se me parezcan.* Entonces todos, pueblos, tribunos, jueces, acusadores le siguieron al Capitolio; triunfo más señalado que todos los demás, porque el vencido no era Anibal ni Sifax, sino más bien la santidad de las leyes republicanas.

Habiendo en seguida los tribunos entablado acusación contra su hermano Lucio, les arrancó de las manos los registros públicos y los hizo pedazos, diciendo:—*Yo no daré cuenta de 4.000.000 de sestercios, yo, que he hecho entrar 200.000.000 en las arcas del tesoro, sin reservarme otra cosa que el sobrenombre de Africano.*

Aquellos eran los últimos suspiros del heroísmo patricio. Obligado desde entonces á ceder á la voz preponderante del pueblo, se retiró Escipión en destierro voluntario á Linterna, donde no le inquietaron los tribunos, pero de donde no le llamaron ya nunca. Murió allí (183),

y quiso que se inscribiera sobre su sepulcro: «*Ingrata patria, no poseerás mis huesos.*»

Seguióse la sumaria contra su hermano á propuesta de los tribunos Petilio y Nevio, apoyada por Catón, y adoptada por voto unánime de las treinta y cinco tribus. Se juzgó que Lucio Escipión había recibido de Antioco, á fin de obtener condiciones más favorables, seis mil libras de oro, y cuatrocientas ochenta de plata, además de lo que había hecho ingresar en el tesoro (185); que Hostilo, su enviado, había recibido cuatrocientas libras de oro y cuatrocientas tres de plata, y el cuestor Cayo Turio ciento treinta libras de oro y doscientas de plata. ¡Tan lejanos estaban los tiempos de Fabricio y de Cincinato! La pobreza de Escipión, que no se halló en estado de pagar la multa, pareció demostrar su inocencia, pero el golpe iba dirigido á la aristocracia. Alentóse más Catón á continuar sus investigaciones, á las que nadie podía sustraerse después de la condenación de los Escipiones.

Pero cuando una república se halla en manos de un cuerpo como el Senado de Roma, poco importa que cambien los personajes; el puesto del que cae lo ocupan otros al punto. ¿Cómo podía esperarse, por otra parte, una mejora en las costumbres privadas, cuando los ejemplos de corrupción provenían de las costumbres públicas, cuando la severidad censorial no impedía á Catón obrar con la astucia de una política inmoral, cuando la cábala, la intriga, la traición, la violencia, hollaban ó eludían el derecho de las naciones? Dos enemigos, Anibal y Filipo, eran siempre asunto de recelo para Roma, pues conocía que, mientras estuvieran vivos, habría que temer de continuo una coalición general. Contemplaba, pues, á Antioco, á Rodas, á la Arcaña, á Eumeno, y hacia que los más insignificantes pasos de Anibal fuesen espías, siempre infatigable en suscitara enemigos. Prusias, rey de Bitinia, había dado acogida á aquel gran capitán, y debió á su genio la victoria obtenida contra Eumeno. Roma envió entonces cerca de Prusias á Flaminio, libertador de Grecia, para intimarle que le fuese entregado Anibal, que solo envenenándose pudo verse libre de sus eternos perseguidores, en el mismo año en que su vencedor moría en Linterna. *Libertemos á Roma, dijo, de tan gra-*

ve cuidado, puesto que se retarda tanto la muerte de un viejo á quien tanto aborrece. Pero Flaminio hubiera alcanzado una victoria infame, indigna de sus antepasados, que advertían en Pirro un enemigo amenazado de veneno. El triunfo de los romanos sobre un anciano inerme, les cubrirá de oprobio en la posteridad.

CAPITULO XXII.

Los hebreos.

Cuando el gran Ciro rescató á los hebreos de la servidumbre permitiéndoles dejar á Babilonia y volver á su patria, muchos de ellos, que durante los setenta años de destierro se habían establecido allende el Eufrates y habían adquirido propiedades, no quisieron cambiar las fértiles llanuras de la Mesopotamia por las devastadas lomas de la Palestina, aun cuando fuese su patria. Por eso hallamos con posterioridad á esta época á los hebreos esparcidos en la Siria, en la Persia y en la Caldea, en mucho mayor número que en la populosa Palestina. Entre los extranjeros continuaban viviendo según sus leyes nacionales bajo un príncipe del cautiverio, asistido de un sanhedrin, y celebraban sus fiestas religiosas en épocas determinadas.

Cerca de cuarenta mil personas de las tribus de Judá, de Benjamin y de Leví, volvieron á Jerusalem á las órdenes del gran sacerdote Josua y de Zorobabel, vástago de los antiguos reyes hebreos (536). La prosperidad de la nueva Jerusalem halló trabas en sus disensiones con los cutesos, medos y persas, trasladados á aquel país por Salmanasar, cuando arrancó de allí á sus moradores, y que habiéndose mezclado con los indígenas formaron la población samaritana; ésta seguía la ley de Moisés, pero difería de los hebreos en algunos artículos de fé, lo cual les impidió ponerse de acuerdo para restablecer la nacionalidad con auxilio de la comunidad del culto. Hasta erigieron los samaritanos un templo particular en la cima del monte Garitzim cerca de Sichem, de modo que los dos pueblos llegaron á mirarse recíprocamente con aquella animosidad nacional y religiosa que, lejos de amortiguarse con el tiempo, sobrevivió á la pérdida de la libertad y de la patria.

Cuanto estuvo á su alcance hicieron los sa-